



HILDEGARDA DE BINGEN

un mensaje para nuestro tiempo

Rosa Maria Pirquer i Pomés

1. HILDEGARDA, MUJER MEDIEVAL. VIDA
2. PERSONALIDAD HUMANA Y ESPIRITUAL. OBRAS
3. LA EXPERIENCIA DE DIOS
4. LA MISIÓN PROFÉTICA
5. EL ARTE DE CURAR
6. CONCLUSIÓN

CRONOLOGÍA DE HILDEGARDA

BIBLIOGRAFÍA

TEXTOS

PINTURA

1. HILDEGARDA, MUJER MEDIEVAL. VIDA

Este seminario pretende dar a conocer y profundizar mejor en la figura de Hildegarda de Bingen, una mujer, una monja medieval. Una monja es una persona de su tiempo, pero es también una persona de Dios. Contrariamente a lo que mucha gente piensa, durante la época medieval la mujer participó activamente en la vida económica, cultural y social. El s. XII es una época de gran efervescencia intelectual. Las escuelas de Chartres y de San Victor ejercieron una fuerte influencia.

Hildegarda vivió en esta época. Fue una mujer de su tiempo, por tanto, una mujer medieval. Nació en 1098, el año de la fundación del Nuevo Monasterio de Císter, en una familia noble y piadosa del Palatinado. A los ocho años la confiaron, para su educación, a Jutta de Spanheim, una monja que vivía según la Regla de san Benito cerca del monasterio de monjes benedictinos de Disibodenberg. Hildegarda era una niña inteligente y allí adquirió una cultura religiosa y humanística, como oblata benedictina. Más tarde profesó como monja en este lugar. Cuando murió Jutta, Hildegarda fue elegida abadesa.

Se esmeró en mantener y defender siempre la independencia de su monasterio frente a los intereses económicos de los monjes vecinos de Disibodenberg. Más tarde, trasladó la comunidad de monjas a Bingen, para así tener más autonomía. Las relaciones con los monjes de Disibodenberg fueron cordiales pero no exentas de fricciones, ya que Hildegarda no se dejó someter nunca. Era muy celosa de la independencia de la comunidad ante cualquier poder civil o eclesiástico. Este es un rasgo característico de su personalidad. Tiene un fino sentido de la justicia y de la libertad y si alguien pretende desviarla de este recto camino se tiene que enfrentar forzosamente a ella.

Desde muy niña tenía percepciones extrasensoriales, unidas a una gran intuición y a un agudo sentido de observación de la realidad. Estos fenómenos sorprendían a los demás y a ella la asustaban, hasta que deja de hablar de ellos. Durante toda la vida de Hildegarda convergen estas cualidades excepcionales con una profunda experiencia de Dios.

A los cuarenta y un años percibe una llamada que viene de Dios y empieza a escribir sus visiones proféticas, después de una gran lucha y de una crisis interior profunda, habiendo obtenido primero los ánimos del abad de Disibodenberg, que la conocía bien. En el Sínodo de Tréveris el papa Eugenio III —un cisterciense formado en Claraval bajo la guía del abad san Bernardo— confirma solemnemente la autenticidad de la inspiración de Hildegarda. Así empieza su extensa obra escrita, la cual nos permite hoy entrar un poco en su mundo, tan rico.

Es increíble lo que llegó a hacer y a escribir esta mujer que por un lado se encargaba de una comunidad y por otro era más bien enfermiza. Parece ser que sus aflicciones se debían a crisis y tensiones espirituales que, después de sufrir una somatización, finalmente llegaban a resolverse con una decisión llena de seguridad y de luz. De aquí surgían las obras escritas, la elaboración de algunas de las cuales duró muchos años, y también las cruzadas espirituales de predicación que emprendió en diversas épocas de su vida. Porque Hildegarda fue fiel a la misión profética que había recibido de Dios: la reforma de la Iglesia de su tiempo, de monasterio en monasterio y de catedral en catedral, predicando a monjes y monjas, a canónigos y beneficiados, la conversión de costumbres, la pobreza, la austeridad, la plegaria, la caridad evangelica. ¡Y se la escuchaban! Era un verdadero ministerio público, siempre como mensajera de Dios.

Esta actuación pública de Hildegarda se puede considerar, en cierto modo, como una versión femenina de la de san Bernardo.

2. PERSONALIDAD HUMANA Y ESPIRITUAL. OBRAS

Es muy compleja la personalidad de Hildegarda. Es enfermiza y desde niña necesita tener cuidado de su salud, pero vivió ochenta años y desarrolló una actividad extraordinaria hasta su muerte. Sus enfermedades parecen trastornos psicósomáticos, fruto de una gran hipersensibilidad y emotividad. A veces, utiliza sus enfermedades para conseguir una cosa que desea: por ejemplo, desligarse del abad de Disibodenberg cuando éste no se lo permite.

Por un lado se muestra segura de sí misma, valiente, decidida, convencida de que hace aquello que Dios quiere y está movida por su Espíritu. Es capaz de llevar hasta el final una acción que cree justa, sea en defensa propia o de su comunidad, o de alguien que ha sido injustamente tratado (trasladar el monasterio de lugar, defender un muchacho excomunicado injustamente). Por otro lado, se presenta ella misma como “yo, pobre figura femenina, mujer inculta, pobre mujercita, pobrecita mujer, hombre sencillo” (*Cartas a Bernardo y a Gilberto*).

Generalmente está segura de que su misión viene de Dios, pero duda en otros momentos y busca la aprobación de las autoridades eclesiásticas para continuar escribiendo sus obras. Hay que tener en cuenta que era un hecho muy excepcional en aquel tiempo que una mujer escribiera obras científicas y teológicas de producción propia y que fuese a predicar.

Fue una mujer de vivencias extremas, de intensa emotividad, de una gran capacidad de observación de la realidad. Tiene un conocimiento profundo de la naturaleza humana, de las diferencias entre hombre y mujer, de las relaciones heterosexuales.

Mujer que ha asumido plenamente su condición femenina, sin menospreciarla y sin que ésta condicionase su misión. Mujer de curiosidad casi universal. Le interesa todo aquello que es de Dios y todo aquello que es humano.

Sus obras son un exponente clarísimo. Demuestran un saber enciclopédico. El saber de su época es global, no existen especializaciones y conocer a Dios es conocer también a la persona humana, la naturaleza, el cosmos, todo es reflejo de la gloria de Dios. Hacer ciencia es también hacer teología, y hacer experiencia de Dios es también hacer una experiencia humana de conocimiento psicológico, fisiológico, físico y espiritual de la persona, imagen de Dios y de todo el cosmos, el cual preside en el centro al hombre integral (hombre-mujer), máximo de la creación, presidida por el amor de Dios.

Las obras más importantes son la trilogía: *Scivias* (*sci vias Domini*), *Conoce los caminos*, traducida al castellano; *Libro de los méritos de la vida* (sin traducir); y *Libro de las obras divinas*, traducida al catalán en la colección “Clàssics del Cristianisme”, número 65.

Scivias es la obra más importante de Hildegarda. La escribe en diez años (1141-1151). Es la más extensa y es una obra de teología dogmática.

El *Libro de los méritos de la vida* lo escribe de 1158 a 1163. Es una obra de teología moral y explica el discernimiento entre el bien y el mal. En el centro se encuentra el hombre, imagen de Dios que sostiene y domina el cosmos, árbitro de la lucha entre el bien y el mal en el interior de cada persona.

El *Libro de las obras divinas* (escrito entre 1163 y 1173) tiene un tono grandilocuente y es una obra científica y teológica a la vez. Contiene conocimientos cosmológicos y antropológicos muy profundos y una teodicea espléndida.

Pero Hildegarda escribe muchas otras obras espirituales. Se conservan numerosas cartas escritas siempre por ella como mensajera de Dios, tiene composiciones poéticas y musicales, una invención de una nueva lengua, mezcla del alemán y el latín —las dos lenguas que ella conocía—, numerosas obras científicas de historia natural, de medicina, de patología, de terapias naturales.

¿Cuál es la originalidad de la obra de Hildegarda? Es sorprendente este saber y curiosidad casi universales en una mujer que desde los ocho años estuvo en un monasterio. Los monasterios medievales femeninos no eran como los del s. XV hasta el Concilio Vaticano II. No existía una normativa de clausura como la que aún es vigente en algunas órdenes monásticas femeninas.

Eran centros de cultura y de investigación, abiertos a las corrientes de pensamiento y de ciencia de su tiempo. En sus parámetros era posible que las monjas estudiaran, investigaran y ejercieran una misión de puertas afuera. Hildegarda predicó la conversión de costumbres, denunció abusos, fue madre espiritual, no sólo de sus monjas sino de multitudes, y fue una gran taumaturga, sobre todo para los pobres.

Hildegarda viajó, cultivó relaciones muy diversas con personalidades relevantes de su época del mundo político y eclesiástico, tuvo amistades personales profundas con personas de ambos sexos y ejerció una gran influencia cultural, científica y espiritual desde su monasterio y desde fuera de éste. Su correspondencia es testimonio de las relaciones que tuvo con los teólogos del momento, que incluso le consultaban, como vidente, algún punto doctrinal, y de sus relaciones con emperadores, reyes, príncipes, papas y otros altos cargos eclesiásticos (abades, abadesas y santos como Bernardo de Claraval, Eberhard de Salzburgo e Isabel de Schönau). Sus cartas, comentadas y traducidas, pasaban de mano en mano y muchos se admiraban de su sabiduría.

Por otro lado, fue una verdadera madre espiritual para las monjas de su comunidad y del monasterio que fundó posteriormente. Para ellas escribía poemas y las musicaba. Son las composiciones que ahora podemos escuchar y que debían de interpretar las monjas de Bingen en sus celebraciones litúrgicas. Este ministerio de acompañamiento espiritual no lo limitó a su comunidad, sino que lo ejerció también hacia muchísimas personas que iban a su monasterio para aconsejarse o hacerse tratar dolencias diversas, físicas o psíquicas.

Durante muchos años de su larga vida la rodeó de una aureola de fama y de santidad, pero tampoco le faltaron los detractores que, por otro lado, no pudieron amargarla jamás. Era demasiado libre para esto.

Cultivo de las artes: pintura, poesía, música

Sin que tampoco hubiese realizado ningún estudio especializado de tipo artístico o literario, pintaba las miniaturas de sus libros, escribía himnos y poemas litúrgicos, y los musicaba. Tiene unas ciento sesenta composiciones musicales de carácter monódico,

líricas y dramáticas, con modulaciones muy personales que difieren de la música gregoriana de su época.

Los medievales pensaban que la música era un medio para liberar el espíritu, y Hildegarda creía que la salvación de Dios en Jesucristo pasa a través de la música. El mundo, el cosmos, para ella son música, es decir, la manifestación sonora de la gloria de Dios que contienen. Tenía que causar un sufrimiento muy intenso a Hildegarda cuando, como consecuencia del interdicto, se prohibió a la comunidad cantar el Oficio Divino y sólo podían recitarlo en voz baja.

Las miniaturas que ilustran sus manuscritos son una especie de catequesis audiovisual, rica en símbolos que ilustran el significado teológico de las visiones que explica.

Para Hildegarda, el cultivo de las artes está al servicio de la misión espiritual. Es un modo de transmitir y de comunicar aquello que ha recibido de Dios y que lleva dentro. Es su rica experiencia personal, de la cual quiere hacer participar a los demás

La música, para Hildegarda, está supeditada a la misión espiritual que Dios le ha encomendado. Es un medio de evangelización y de comunicación de la obra de Dios.

La música de Hildegarda es innovadora para su tiempo. Mientras el gregoriano se desarrolla en una octava, sus composiciones abarcan dos. Es, pues, difícil de interpretar.

La melodía se escribe en función del texto, y éste contiene una teología y una espiritualidad profundas. Cuando el texto habla del Espíritu o de las grandezas de Dios, la melodía se eleva, y cuando habla de la finitud humana o del pecado, baja hacia las notes más graves.

Podemos escuchar diversas grabaciones. Algunas, entre muchas:

Abbess Hildegard of Bingen. A feather on the breath of God. Gothic voices. Gramophone.

Hildegard von Bingen. Voice of the blood. Sequentia.

Hildegard von Bingen. Laudes de Sainte Ursule. Harmonia Mundi.

3. LA EXPERIENCIA DE DIOS

En ningún momento Hildegarda se atribuye a sí misma ningún mérito. Todo lo que sabe, todo lo que hace, es obra de Dios. Las visiones y revelaciones son sobrenaturales, las curaciones son gracia de Dios, las obras que escribe son por orden de Dios, su ministerio profético es una vocación recibida de Dios.

Las visiones

La existencia de Hildegarda se mueve totalmente dentro de la esfera de lo trascendente. Ella se llama a sí misma una *pobrecita mujer*, un *hombre sencillo* o una *mujer inculta*. Su formación básica fue la liturgia y la Palabra de Dios, rezada y meditada durante tiempo, las dos fuentes principales de la espiritualidad benedictina, y añade la aguda observación de la realidad.

En aquel tiempo, cuando alguna mujer quería transmitir alguna enseñanza teológica o científica tenía que recorrer al conocimiento experimental. En éste sí que las mujeres podían equipararse a los hombres, porque si se trataba de algo inspirado por el Espíritu Santo, nadie podía discutirlo.

Por otro lado, sus visiones pertenecen a una verdadera experiencia mística. Es decir, son un conocimiento de Dios que no es ni intelectual ni racional, sino del orden de la fe y de la intuición. Sus visiones son más didácticas que extáticas. Ella dice que tiene las visiones en estado de vigilia, es decir, no son alucinaciones, no son sueños. Se sabe penetrada por Dios. Y después trata de transmitir el mensaje con un lenguaje alegórico, en orden a la edificación de otros. Elabora la visión, la interpreta, la dicta, y sus ayudantes la escriben. Después, ella revisa todo lo que se ha escrito y corrige, retoca o añade. Esto supone un trabajo de gran dificultad y muy lento, que dura años.

La Teología

Aparentemente, Hildegarda es una visionaria. Tiene percepciones extrasensoriales, intuiciones extrañas para la mayoría de personas. Pero Hildegarda es teóloga. A partir de su experiencia de Dios elabora una teología.

Es teóloga en el sentido patristico que *“si alguien reza, es teólogo y si alguien es teólogo, reza”*. Es decir, si alguien hace la experiencia de Dios, tiene un conocimiento de Él, y por tanto, puede hablar de Dios. Tiene, pues, esta autoridad dada por la experiencia profunda del amor de Dios en su vida, en la de los otros, en el macrocosmos —todo el universo creado— y en el microcosmos —el hombre y la mujer creados a imagen de Dios, iguales y complementarios—.

Hildegarda trata de la complementariedad hombre-mujer. Cree que no se puede hablar de Dios sin hablar de la persona humana, hombre y mujer, que tiene un sitio especial en la creación y en el plano salvador de Dios. Para Hildegarda, la obra salvadora de Dios se realiza en un universo sexuado: hombre y mujer, diferentes y complementarios. El amor humano entre el hombre y la mujer son imagen del amor de Dios. De alguna manera, intenta salir de las imágenes masculinas de Dios y de los valores tradicionales atribuidos

al hombre y a la mujer, aunque, como mujer de su tiempo, cae en algunos prejuicios misóginos.

Su teología está escrita en femenino y contiene una simbología femenina. Sigue la escuela de san Agustín. La suya es una orientación esperanzada: aunque hay el pecado, al final Dios vence y la humanidad entra de lleno en el ámbito de Dios, queda iluminada por Él.

Dios es Espíritu. El Espíritu simbolizado por el viento está muy presente en la teología de Hildegarda. El macrocosmos que está movido por el Espíritu de Dios y el microcosmos —el hombre—, centro del universo creado. Gracias al Espíritu hay una armonía entre el universo y el hombre.

El Espíritu de Dios hace libre al hombre. Movido por el Espíritu, loa a Dios su Creador y camina según su voluntad. En la obra de Hildegarda está simbolizado repetidamente por los vientos que soplan desde las cuatro partes del mundo. Quiere decir que el Espíritu de Dios envuelve el universo, todos los seres vivos y, sobre todo, a la persona humana.

Hildegarda tiene un gran sentido eclesial, vive en el misterio de la Iglesia, es una mujer de Iglesia. Su teología, su misión profética, encajan en esta visión de la Iglesia. Hay una gran preocupación, constante a lo largo de su vida: la libertad de la Iglesia ante el poder temporal, salvaguardando su autonomía y autoridad espiritual. La Iglesia es la madre de los cristianos en el sentido que les da la vida verdadera, es una imagen de la Trinidad y es el misterio de Cristo: la Iglesia no es el Reino de Dios, pero se encamina hacia su cumplimiento.

Hildegarda se siente Iglesia, piensa y padece en la Iglesia. Quiere invitar a todo el mundo a su renacer, a su purificación y conversión. La misión profética la realiza en la Iglesia y para el bien de la Iglesia.

Hay un hecho significativo que pertenece ya al final de su vida y que ilustra esta tensión que vivió Hildegarda: por un lado se siente Iglesia, por otro, no está de acuerdo con sus aspectos más oscuros e intenta iluminarlos con su ejemplo y su palabra. Hildegarda tiene unos ochenta años. Un muchacho que había sido excomulgado muere en Bingen. Dado que antes de morir se había arrepentido y confesado, la abadesa lo hace enterrar en el cementerio o en la iglesia del monasterio. El clero de Maguncia se entera del hecho y le obliga a desenterrar el cuerpo, bajo pena de interdicto para ella y toda la comunidad. Hildegarda viaja a Maguncia y se entrevista con el arzobispo, un buen amigo suyo, pero los clérigos, con los cuales ya había tenido problemas antes porque no les parecía muy bien que aquella monja tuviese tanto éxito y atrajese a tantas multitudes, no quieren ceder. Hildegarda se somete, pero sigue luchando. Los clérigos denuncian a la monja y a su monasterio en Roma. Después de muchas penalidades, se levanta el interdicto en una carta llena de excusas y devolviendo la fama a Hildegarda. Este hecho, que implicó mucho sufrimiento para Hildegarda y sus monjas, es ilustrativo del temperamento de esta mujer que ni en su vejez nadie pudo doblegar.

4. LA MISIÓN PROFÉTICA

La Iglesia en la época de Hildegarda estaba dividida por herejías y cismas, había corrupción y relajación de costumbres entre los obispos, los clérigos y también entre los monjes. Ella es, como Bernardo de Claraval, contemplativa y activa a la vez: gobierna espiritualmente su monasterio, se encarga de sus monjas, atiende infinidad de visitas, guía espiritualmente a muchas personas.

El hecho más inusual en una monja de su tiempo es que saliese a predicar. Rompe patrones. Está convencida de que ha recibido un mensaje de parte de Dios y que lo tiene que transmitir. Empezó cuatro viajes de predicación, a pesar de tener muy poca salud. Sus temas son la reforma de la Iglesia (simonía) y de la observación monástica (pobreza, buenas costumbres, divisiones internas, vida de plegaria). La misión fue dirigida preferentemente a los monasterios. Hildegarda tiene autoridad moral, y monjes y clérigos la escuchan con placer. En una ocasión, ella se opuso al mismo emperador Federico I Barbarroja.

Hildegarda tuvo relación con personajes relevantes de su tiempo (el emperador Federico Barbarroja la llamó a su palacio), pero atiende preferentemente a los más pobres y sencillos, a la gente del pueblo. La correspondencia es testimonio de las relaciones que tuvo. Es una de las más numerosas de su siglo, exceptuando la de san Bernardo de Claraval. En las cartas no expresa intimidades, sino un tono de exhortación o de amenaza, como si escribiera en nombre del Dios que la empuja continuamente a la misión profética. En las cartas hay retratos de la época, con sus conflictos, esperanzas y problemas.

La actuación de Hildegarda es desde la retaguardia, con una actitud más bien femenina, pero sin desentenderse de las preocupaciones de los hombres y mujeres de su tiempo. Ella lucha siempre para la verdad y la justicia, tanto ante amigos como detractores.

5. EL ARTE DE CURAR

La vida monástica de Hildegarda se podría resumir como experiencia trastornadora de Dios, presente en todo y en todos, y expresada en ayudar y curar. Hildegarda, que está siempre enferma, cura enfermos.

Había pocos médicos en el s. XII y la gente se dirigía a los monasterios, donde solía haber un hospital. Entre los monjes y monjas había algunos que tenían conocimientos médicos. En muchos monasterios del s. XII había un hospital para pobres y peregrinos, una casa especial para las sangrías (una institución muy importante en aquellos tiempos), un jardín de plantas medicinales, una farmacia... La Regla Benedictina dedica un capítulo a los enfermos (cap. 36): *que sean servidos como si fueran realmente el Cristo*, con toda solicitud.

El saber de la época es global, no existe aún la especialización, y Hildegarda escribe obras que revelan una cultura notable y una sabiduría enciclopédica. Tan pronto es médico como miniaturista, tan pronto es psicóloga como compositora musical, herbolaria o teóloga. En su producción hay obras verdaderamente científicas, con hechos bien observados, intuiciones profundas e ideas nuevas, pero también hay lagunas considerables. Es una producción desigual. Con todo, su obra científica tiene un gran mérito. Hay algún aspecto que Hildegarda ya intuyó y que, siglos más tarde, la ciencia moderna ha descubierto y confirmado.

Su conocimiento científico es experimental y con un gran sentido de la realidad. Hildegarda la contempla atentamente y la interpreta a la luz de la fe y de la visión interior que la caracteriza.

A pesar de esto, en las obras de medicina, de farmacología, de hierbas y de plantas medicinales, no entra el conocimiento sobrenatural, sino que son fruto de la observación de la naturaleza, de las enfermedades de las monjas y de los vecinos, de las parturientas del pueblo que ella atendía. Es una mujer observadora y aguda que toma nota de todo aquello que ve y busca las causas.

Sus conocimientos sobre la psicología y la fisiología del hombre y de la mujer sorprenden. Tenía conocimientos de anatomía y de fisiología, también de la psicología diferencial femenina y masculina, y de las propiedades de muchas hierbas medicinales. Todo ello lo aplicaba para curar, pero sobre todo creía en la fuerza de la oración. Tenía un verdadero arte de curar.

En su obra *Causae et curae* (causas y tratamientos) utiliza métodos de medicina natural, pero también una especie de psicoterapia espiritual, en la que emplea la fuerza que le viene de la experiencia de Dios junto con la fina intuición y las dotes de observación que le permiten el conocimiento de las personas para comprender aquello que éstas necesitan. Sus obras lo testifican, aparte de algunos milagros que se le atribuyeron. El hecho es que había pasado la vida escuchando a las personas, observándolas, rezando por ellas. Su arte de curar debía ser una especie de terapia psicosomática que, unida a la oración, tenía efectos sorprendentes. La gente hacía cola ante el monasterio para hacerse curar sus enfermedades.

¿Cómo debía de ser esta terapia? No lo podemos saber exactamente, pero debía de emplear hierbas medicinales, ya que las estudiaba y catalogaba, anotando sus propiedades curativas.

Consideraba a la persona en su unidad: física, psíquica y espiritual. Examinaba a la persona entera, se preguntaba el porqué y la causa de la enfermedad. Asociaba la curación del espíritu con la del cuerpo, y al revés. Sabía que los pensamientos y los sentimientos mal integrados pueden enfermar. También empleaba la escucha, una escucha activa y atenta, llena de interés por la persona que tenía delante y sus problemas. Y sobre todo empleaba la oración. La curación no era algo mágico, era por gracia y don de Dios que se servía de ella para dar la salud y la alegría a aquel que lo necesitaba. Y su fama de terapeuta se extendió por muchas regiones. Era una terapeuta holística y humanista.

6. CONCLUSIÓN

Acabamos el seminario y quizás tenemos más interrogantes que al principio. ¿Quién es Hildegarda? ¿Qué es Hildegarda?

En primer lugar, es una mujer de fe y de una intensa experiencia de Dios. Vive inmersa en el ámbito de lo trascendente desde la cotidianidad y de las pequeñas o grandes preocupaciones del cada día. Dios que es Padre, fuente de vida y de ternura, Dios que es Palabra creadora, fuerza de salvación y de liberación, Dios que es Espíritu de amor. Supo transmitir esta experiencia de Dios. Ella estaba convencida de que todo aquello que había recibido no podía guardarlo para ella sola. Y escribe, predica, lucha, reza, cura, investiga, canta... expresando y comunicando aquello que le brota de dentro. *Dios* es la primera y gran pasión de Hildegarda. Toda su vida es para Él. Hildegarda es una entusiasta de Dios, pero con un entusiasmo realista, es decir, que en la realidad la asusta.

La otra gran pasión de Hildegarda es *la persona humana*. Hombre y mujer, iguales en dignidad, imágenes de Dios, centros del universo creado. Trabajó y luchó toda su vida para retornar la dignidad de personas a quienes la habían perdido por enfermedad física o psíquica, por conflictos espirituales, por ser víctimas de opresiones o de injusticias.

Quizás no podemos afirmar que Hildegarda fuese feminista, en el sentido estricto del término, pero sí que fue *una mujer en busca de su propia humanidad*. Hemos visto cómo fue independiente de la comunidad de monjes de Disibodenberg; proyectó y gestionó el traslado de su comunidad y la fundación de un nuevo monasterio; realizó una misión profética, intentando la reforma de la Iglesia de su tiempo; a pesar de los obstáculos, consiguió la independencia económica y jurídica de sus monjas; realizó una obra cultural, científica y artística que transcurridos novecientos años aún nos hace pensar y disfrutar; y fue, sobre todo, testimonio de una plenitud espiritual, en una Iglesia regida y controlada por hombres.

Hildegarda fue también *una persona contemplativa*. Ser contemplativo no quiere decir elevarse unos palmos del suelo ni huir de la realidad, quiere decir mirar muy atentamente la realidad y hacer una lectura desde la fe, viéndola empapada por el amor de Dios. Ella contempla el macrocosmos —el universo entero— a la luz del amor de Dios, y contempla el microcosmos —el hombre y la mujer— inmersos en este mismo amor. El mundo, para Hildegarda, es un mundo en movimiento, es algo dinámico, movido por el Espíritu de Dios. Por este motivo, ella habla con unas imágenes que son luz, viento, fuego, aire. No se trata de nada estático, sino del mundo que se mueve hacia su plenitud en Dios, en una armonía infinita.

Finalmente, Hildegarda es *testimonio de una fe comprometida*. No trata de evadirse de los problemas de los demás, la vemos comprometida con la persona humana, comprometida con la causa de la justicia, comprometida sobre todo con los más débiles. Aunque su comunidad pasó por momentos de penuria económica grave, ella tuvo siempre una atención especial hacia los pobres. Eran los que ella podía atender con más gratuidad porque no podían devolverle el favor. Es cierto que tuvo relación con los poderosos y relevantes de su tiempo, pero las multitudes que se acercaban al monasterio eran mayoritariamente gente sencilla.

Tenemos, pues, unos rasgos característicos de esta mujer tan singular: la opción por Dios y la reflexión creyente sobre Él, la opción por la persona humana, la igualdad y complementariedad entre el hombre y la mujer, el respeto admirado por la naturaleza, el arte de curar gratuitamente por medios naturales, la lucha por la justicia y el amor preferencial por los pobres.

Sin dejar nunca de defender aquello que creía justo, no se perdió en reivindicaciones estériles ni dejó jamás de trabajar y de hacer mucho trabajo y bien hecho. Por todo ello, creemos que es un mensaje bien actual para la Iglesia de hoy y para los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

CRONOLOGÍA DE HILDEGARDA

1098 Nace Hildegarda en Bermerheim (Renania). Fundación de Cîteaux por Roberto de Molesmes, Alberico y Esteban Harding.

1107 Confían a Hildegarda a Jutta de Spanheim para su educación.

1113 Profesión monástica de Hildegarda, a los 15 años.

1136 Jutta de Spanheim muere en olor de santidad. Hildegarda se convierte en la abadesa de la comunidad.

1141 Hildegarda siente la vocación profética, a la cual se resiste. Después de aconsejarse con san Bernardo de Claraval, con el abad de Disibodenberg y con el arzobispo de Maguncia, que dan un veredicto favorable, empieza a dictar sus visiones en la obra titulada *Scivias*.

1146-1148 *Carta* de Hildegarda a san Bernardo de Claraval.

1147 El papa Eugenio III, asesorado por Bernardo de Claraval, autoriza a Hildegarda en el Sínodo de Tréveris a publicar sus obras.

1147ss. Hildegarda practica exorcismos y curaciones con los numerosísimos peregrinos que la visitan. Increpa al clero de Colonia y a los canónigos de San Martín de Maguncia contra el peligro de los cátaros. Emprende peregrinajes de predicación a Franconia, Lorena y Suabia.

1148 Hildegarda funda un monasterio cerca de Bingen, del cual defendió la independencia ante los poderes civiles y eclesiásticos. Se inicia la producción epistolar de Hildegarda.

1151 Hildegarda concluye la redacción de *Scivias*.

1152-1165 Viaja por numerosos lugares predicando la conversión de costumbres.

1158 Empieza a escribir el Libro de los méritos de la vida.

1160 Lucha contra Federico Barbarroja y el cisma que éste ha provocado.

1163 Acaba la redacción del Libro de los méritos de la vida y empieza a redactar el Libro de las obras divinas.

1166 Funda otro monasterio en Eibingen.

1173 Acaba la redacción del Libro de las obras divinas y redacta la Vida de san Disibodo y la Vida de san Roberto.

1178 Hildegarda defiende la autonomía de su monasterio contra Federico Barbarroja y gana el pleito. Muere el monje Volmar, amigo y colaborador de Hildegarda, primer redactor de sus visiones. Lo sustituye el monje Martín Guibert de Gembloux.

1179 El 17 de septiembre muere Hildegarda y empieza su culto.

BIBLIOGRAFÍA

Obras de Hildegarda e introducciones a su obra

HILDEGARDA DE BINGEN. *Concert de l'harmonia de les revelacions celestes*. Publicacions Abadia de Montserrat, 1997.

HILDEGARDA DE BINGEN. *Llibre de les revelacions divines*. Clàssics del Cristianisme, 65. Proa, 1997.

HILDEGARDA DE BINGEN. *Scivias: conoce los caminos*. Trotta, 1999.

Vida y visiones de Hildegard von Bingen. Vida por Theodoric von Echternach. Edición de Victoria Cirlot. Ed. Siruela, 1997.

Estudios

G. ÉPINEY-BURGARD, E. ZUM-BRUNN. Mujeres trovadoras de Dios. Una tradición silenciada de la Europa medieval. Paidós, 1998.

R. PERNOUD. Hildegarda de Bingen. Una conciencia inspirada del s.XII. Paidós, 1998.

Podéis encontrar más bibliografía y discografía en las ediciones de sus obras citadas más arriba y en:

<http://www.forlang.utoledo.edu/COURSES/GER4980/bibliog.htm>

<http://www.hildegard.org/>

<http://www.fordham.edu/halsall/med/hildegarde.html>

<http://www.uni-mainz.de/~horst/hildegard/>

<http://www.uni-mainz.de/~horst/hildegard/eibingen/abtei.html>

<http://www.uni-mainz.de/~horst/hildegard/links/links.html>

TEXTOS

Himno A la Madre de Dios

Un himno para ser cantado en las festividades de María, en el cual María es loada en relación con Cristo como Madre del Redentor, criatura elegida por Dios para llevar en sus entrañas al Dios hecho hombre.

Dios os salve, noble y gloriosa virgen,
pupila de la castidad,
sustancia de la santidad,
que agradó a Dios;
puesto que esta infusión celestial
tuvo lugar en vos,
dado que el Verbo celestial
en vos se revistió de carne.

Cándido lirio,
que Dios por delante de cualquier otra criatura
consideró.

Oh, bellísima y dulcísima,
como se complacía Dios en vos,
dado que con su aliento
os envolvió,
y así amamantasteis a su Hijo.

Vuestro vientre exultó,
puesto que toda la armonía celeste
para vos resonó,
porque, oh Virgen, llevasteis el Hijo de Dios,
mientras vuestra castidad ante Dios resplandecía.

Vuestras entrañas exultaron;
como hace la hierba sobre la cual cae el rocío
porque le infunde el verdor;
igualmente fue hecho en vos,
Madre de toda joya.

Que toda la Iglesia rutila de gozo
y resuene armoniosamente
por María, Virgen dulcísima
y digna de alabanza, Madre de Dios. Amén.

Secuencia Al Espíritu Santo

Es una glosa a la Secuencia que la liturgia canta el día de Pentecostés. El Espíritu es luz, vida, fuego, curación, dulzura, fuente purísima, esperanza, camino y guía. Es la fuerza y la vida de la Iglesia y de los creyentes.

Oh fuego del Espíritu confortador,
vida de la vida de toda la creación.
Sois santo infundiendo vida a las formas.
Sois santo poniendo unguento a los malheridos,
sois santo purificando las llagas fétidas.

Aliento de santidad, fuego del amor,
sabor dulce dentro de los pechos,
infundido en los corazones
con el perfume de las virtudes.

Fuente purísima, en la cual se muestra
cómo Dios reúne a los desencaminados
y va en búsqueda de aquellos que se han perdido.

Coraza de vida,
esperanza de unidad de todos los miembros,
cinturón de honestidad, salvad a los bienaventurados.

Guardad a aquellos que han sido hechos prisioneros por el enemigo,
y liberad a los encadenados,
a los cuales quiere salvar el poder divino.

Oh, camino firmísimo, que atravesáis todos los lugares,
las alturas, los lugares llanos y todos los abismos,
vos todo lo componéis y reunís.
Para vos las nubes corren, el aire vuela,
las piedras tienen humedad,
los riachuelos brotan de las fuentes,
y la tierra rezuma verdor.

Vos siempre habéis guiado a los doctos,
alegrados por la inspiración de la sabiduría.

Así pues, alabanza a vos, que sois sonido de alabanza
y gozo de vida, esperanza y honor supremo,
otorgando los dones de la luz.

Alabanza a la Trinidad

La Trinidad santa “es sonido y vida”, la fuente de toda experiencia. La alaban los ángeles porque los hombres no pueden captar su misterio insondable.

Alabanza a la Trinidad,
que es sonido y vida,
y creadora de la existencia de todo.
Es alabada por la multitud angélica.
Es admirable esplendor de los misterios
que son desconocidos del hombre,
y es vida de todo.

En la consagración de una iglesia. Antífona

La Iglesia es comparada a una matriz que engendra la vida de la fe de sus hijos. El Hijo de Dios los arranca de las manos del enemigo que los quería arrebatar. La Iglesia es la matriz protectora de los hijos de Dios.

Que exulten las entrañas maternas de la Iglesia,
ya que en el corazón celeste
sus hijos se han colocado en su seno.
Por esto serpiente oprobiosa, has sido confundida,
porque aquellos que pensabas tener en tus entrañas
ahora resplandecen en la sangre del Hijo de Dios.
Así pues, alabanza a vos, ilustrísimo Rey. Aleluya.

Carta de Hildegarda al abad Bernardo de Claraval (1146-1147)

Posiblemente Hildegarda y Bernardo de Claraval no llegaron a conocerse. Esta carta la escribe Hildegarda cuando Bernardo ya es un hombre reconocido y admirado y ella, con gran humildad, se le dirige para pedirle consejo: ¿Tiene o no que escribir aquello que Dios le revela? ¿Cuál es el querer de Dios?

Bernardo le contesta amablemente, pero sin excederse. De todas formas, le hace de valedor. Por consejo suyo, el papa Eugenio III, en el Concilio de Tréveris, examina la obra de Hildegarda y le da permiso para continuar escribiendo. Aquello que ella transmite, viene de Dios.

Oh, venerable padre Bernardo, que te encuentras milagrosamente en grandes honores por la fuerza de Dios, tienes que ser el temor de la ilícita necedad de este mundo. A ti, que lleno de un afán excelso has tomado a los hombres en un amor ardiente al Hijo de Dios, con el estandarte de la santa cruz para combatir como milicia cristiana la violencia de los paganos, te suplico por el Dios vivo que me escuches a mí, que te interrogo.

Padre, estoy muy angustiada por una visión que me aparece en el espíritu como misterio, ya que jamás la he visto con los ojos exteriores de la carne. Yo, miserable de

mi y aún más miserable en nombre femenino, vi desde mi infancia grandes maravillas que mi lengua no podría explicar si el Espíritu de Dios no me hubiese enseñado a creer.

Dulce padre lleno de certeza, respóndeme con tu bondad, a mi, indigna sirvienta tuya, que nunca desde la infancia he vivido segura ni una hora. Con tu piedad y sabiduría escruta tu alma tal y como has sido enseñado por el Espíritu Santo, y ofrece el consuelo de tu corazón a tu sirvienta.

Conozco el sentido interior de la exposición del Saltirio, del Evangelio y de otros volúmenes, que me ha sido mostrado en esta visión. Como una llama ardiente conmovió mi pecho y mi alma enseñándome aquello más profundo de la exposición. Pero no me enseñó las letras que desconozco en lengua alemana. Sólo sé leer en simplicidad y no descomponer el texto. Respóndeme qué te parece todo esto. Soy un ser indocto que no ha recibido ninguna enseñanza de temas exteriores. He sido instruida en el interior de mi alma. Por este motivo hablo entre dudas. Pero me sentí consolada al sentir tu sabiduría y tu piedad. No me he atrevido a decir esto a nadie, ya que, según oigo decir, hay muchos cismas entre los hombres; sólo a un monje a quien probé y que me examinó en el trato monástico. A él le enseñé todos mis secretos y me consoló con la certeza de que eran sublimes y dignos de ser temidos.

Por amor de Dios, quiero que me consueles, padre, y estaré segura. Te vi hace más de dos años en aquella visión como un hombre que miraba el sol con audacia y no tenía miedo. Y lloré, ya que me ruborizo y soy cobarde. Dulce y buen padre, me he colocado en tu alma, para que me reveles por tu palabra si quieres que diga esto públicamente o bien que calle, ya que tengo mucha pena con esta visión y no sé hasta qué punto puedo decir aquello que vi y sentí. De vez en cuando, estoy postrada en la cama muy enferma a causa de esta visión, porque callo, de manera que no me puedo levantar.

Con dolor me lamento ante ti, ya que estoy cortada del árbol caído de la prensa en mi naturaleza, nacida de la raíz que por sugestión del diablo surgió de Adán, por esto él mismo fue expulsado al mundo peregrino. Y saliendo, corro hacia ti. Y te digo: tú no serás cortado, sino que siempre levantas el árbol y eres vencedor en tu alma, y no sólo te conduces tu mismo a la salvación, sino al mundo entero. Eres una águila mirando al sol.

Te suplico por la serenidad del Padre, y por su maravilloso Verbo, por el suave líquido de la contrición, el Espíritu de verdad, y por el santo sonido por el cual suena toda criatura, y por el mismo Verbo del cual surgió el mundo, y por la altura del Padre que con suave potencia envió el Verbo al útero de la Virgen, de donde absorbió la carne, del mismo modo como la miel fue hecha a su alrededor por la bresca. Y este sonido, la fuerza del Padre, caiga en tu corazón y levante tu alma, porque no te quedes paralizado y ocioso ante las palabras de este ser.

Tú buscas todo en Dios, en el hombre, o bien en el mismo secreto, y lo harás hasta que cruces por la grieta de tu alma de tal modo que todo esto lo conozcas en Dios. Adiós y que resistas en la lucha de Dios. Amén.

Libro de las Obras Divinas. Prefacio

En la introducción de esta obra, Hildegarda explica su proceso, repetido muchas veces, de la génesis de un libro: visiones recibidas, enfermedad, escritura. Ella es una “pobrecita mujer”, una “débil y pobre mujer”, pero al mismo tiempo está “llena de la

profundidad de los misterios de Dios” que Él se ha complacido en revelarle. Este tesoro lo tiene que compartir. Por este motivo se arriesga y escribe. Y aquello que escribe está inspirado por Dios porque lo ha visto “con los ojos interiores” de su espíritu.

Fue al sexto año. Durante cinco años consecutivos me había encontrado en un gran apuro, agobiada por auténticas y maravillosas visiones. En estas visiones, poco instruida como era yo, había reconocido, en una extraordinaria mirada de la luz inagotable, la diversidad de las condiciones humanas. A principios del primer año de mis presentes visiones tuvo lugar el acontecimiento. Por aquel entonces yo tenía sesenta y cinco años. Tuve visiones de un misterio y de una fuerza tan grandes que me hicieron temblar de pies a cabeza. Débil como era mi cuerpo, empecé a ponerme enferma. Al final, escribiendo durante siete años, acabé de exponer con bastantes dificultades mis visiones. El año 1163 de la Encarnación del Señor, aún no sosegada la Sede Apostólica, en tiempos del emperador Federico, una voz venida del cielo se dirigió a mi diciendo: “¡Oh, pobrecita mujer, hija de tantas fatigas, abatida por tantas y tan duras enfermedades físicas! Sin embargo, ¡mírate llena de la profundidad de los misterios de Dios! Aquello que ves en tus ojos interiores y percibes en los oídos interiores del alma, otórgalo a un libro inmortal al servicio de los hombres, para que también ellos comprendan a través de tus escritos a su Creador y no huyan de alabarlo con todos los honores que merece. Por esto, no escribas una sola palabra según el corazón, sino según mi testimonio, porque vivo sin principio ni final (...)”

Por lo tanto, yo, débil y pobre mujer, aunque doblegada por muchísimas enfermedades, empecé a escribir, finalmente, con mano temblorosa (...) Cada vez que me sentaba a escribir, levantaba la vista hacia la luz de la verdad y de la vida para que me dictase qué tenía que anotar, porque todo lo que había escrito desde el principio de mis visiones, o lo que aprendía transcurrido un momento, al velar sobre los misterios celestiales en cuerpo y alma, lo vi con los ojos interiores de mi espíritu. Lo oí con mis orejas interiores, no en sueños ni en estado de éxtasis.

Libro de las Obras Divinas IV, n.100

Dios crea al hombre, lo crea y lo contempla, le gusta y se recrea. El hombre es la cima de la creación porque es imagen de Dios, es “la totalidad de la creación divina”. Dios le da un “beso de amor” para sellar con él esta alianza. La mujer es creada igual a él, en “la energía de la fuerza divina”. Hombre y mujer constituyen, por querer de Dios, una unidad indisoluble trabada con el amor recíproco.

Cuando Dios contempló al hombre, le gustó mucho. ¿No lo había creado, pues, a imagen y parecido suyo? ¡El hombre tenía que proclamar todos los prodigios de Dios con la fuerza racional de su voz! Verdaderamente el hombre es la totalidad de la creación divina, y Dios es conocido por el hombre, porque Dios creó para él todas las criaturas y porque le otorgó, en el beso del amor verdadero y por la razón, la facultad de celebrarlo y alabarlo. Pero al hombre le faltaba una ayuda que se le pareciese. Dios le dio esta ayuda, en su espejo, que es la mujer. La mujer encierra en ella todo el género humano, que tenía que generarse en la energía de la fuerza divina. Con esta primera energía había creado al primer hombre. De esta forma, hombre y mujer se unen mutuamente para cumplir la obra de la procreación, dado que el hombre sin la mujer no sería reconocido como tal, y la mujer tampoco se llamaría mujer. La mujer es la obra del hombre, el hombre el

instrumento del consuelo femenino. Tanto el uno como la otra no pueden vivir separados.

El hombre designa a la divinidad, la mujer a la humanidad del Hijo de Dios. Así, el hombre ocupa la sede del tribunal de la tierra; es el amo de toda la creación.

Cada ser lo obedece y está sometido. Es Señor de todas las criaturas, como David lo proclamó, inspirado por mí: “Palabras de David en el salmo 109 y exposición de las mismas. Como hay que entenderlas referidas a la encarnación y a la pujanza de Cristo y como sometimiento de sus enemigos”.

Scivias... III. La Iglesia

Hildegarda tiene una visión de la Iglesia. Es un espacio abierto donde entran y salen los fieles, todos aquellos que comparten la fe y han recibido el don de la redención y del Espíritu. Es un espacio que abraza la humanidad con una luz que viene de Dios.

Después vi una imagen de mujer, inmensa como una gran ciudad; ceñía su cabeza una maravillosa diadema, y de sus brazos colgaban como unas mangas esplendentes, que brillaban rutilantes del cielo a la tierra. Su vientre estaba, como una red, perforado con muchos agujeros por los cuales pasaban una multitud de personas. No tenía piernas ni pies; apoyándose sólo sobre su vientre frente al altar, ante los ojos de Dios, con sus manos extendidas lo abrazaba, y sus ojos penetrantes atalayaban todo el cielo. Pero no pude observar sus vestidos, sólo vi que toda ella brillaba con una luminosa claridad, rodeada de una inmensa aura y rutilaba en su pecho una luz roja, como del alba; escuché entonces como, brotando de su mismo pecho, todo género de músicas y voces cantaban de ella: “¡Oh tú, que llena de luz, resplandeces como el alba!”

www.fespinal.com

Septiembre 2004